

CALIBAN REVISITADO*

EN 1985 se han cumplido doscientos cuarenta años de la muerte de Jonathan Swift. Algunos han dicho que terminó idiota, o al menos aquejado de grave desorden síquico. Ignoro si es verdad: la lectura de biografías e historias de seres y cosas que conocí me ha hecho desconfiar de lo que algunos han dicho. En todo caso, de seguro fue antes de tal posible desorden cuando escribió su admirable y famoso epitafio, que comienza diciendo: «Lit ubi saeva indignatio ulterius cor lacerari nequit», y concluye: «Abi, viator, et imitare, si poteris, strenuum pro virili libertatis vindicatore». Así pues, en 1745 marchó a donde la fiera indignación no podría lastimar más su corazón quien se consideraba, y tenía razón al hacerlo, capacitado para retar al viajero, si era capaz de ello, a que imitara su esfuerzo en favor de la libertad del hombre. Esta tarea la realizó Swift en una múltiple y mordiente obra literaria que hoy es menos leída de lo que merece¹, con una excepción: su libro *Viajes de Gulliver* (1726). Este libro es también una tremenda lección para los escritores. Porque el ardiente panfletario que mereciera elogios entre otros de hom-

* Notas para acompañar a selecciones de ensayos del autor aparecidas en varios países. Se publicaron originalmente en *Casa de las Américas*, N° 157, julio-agosto de 1986.

¹ En lo que toca al inglés, ello se colige del trabajo de Edward W. Said «Swift as intellectual», *The World, the Text and the Critic*, Cambridge, Massachusetts, 1983. Puedo dar fe de que el hecho se repite con más intensidad en español. Pero en este idioma me complace señalar el trabajo de Beatriz Maggi sobre Swift: «Panfleto y literatura», *Panfleto y literatura*, La Habana, 1982.

bres que me son tan queridos como Bernard Shaw y Bertolt Brecht; el que no se cansó de zaherir los males de la humanidad, ha pasado a la posteridad como un amable fabulador para niños². De su tigre, no indigno del de Blake, se ha hecho un manso gatito que divierte a los lectores menudos. Pero aquel libro fue una sátira nacida de la fiera indignación del autor, como casi todo lo que escribió. Inesperadamente, nos iba a dar aún otra lección con esta metamorfosis. No es una lección nueva ni mucho menos única, pero en su caso adquiere dimensiones estruendosas: un texto, fuera no ya de la intención (a menudo inverificable) de su autor, sino de su contexto, puede llegar a convertirse en algo bien diferente de lo que fue, de lo que es.

Me he permitido este magno recuerdo ante un hecho bien pequeño: están al cumplirse los primeros quince años de mi ensayo *Caliban*, que desde la fecha de su aparición, en las páginas de la revista cubana *Casa de las Américas* (Nº 68, septiembre-octubre de 1971) hasta hoy ha conocido numerosas ediciones tanto en su idioma original como en otros a los que ha sido traducido. También ha conocido una cantidad no pequeña de comentarios. La diversa naturaleza de estos últimos, y el que aquél vuelva a ver la luz a tres lustros de su nacimiento, me lleva a visitarlo de nuevo. Algunos de esos comentarios me siguen provocando gratitud. Otros, como es habitual, los considero equivocados. Pero lo que más me llama la atención es que, arrancado de su contexto, con buena intención en unos casos, con mala en otros, ha habido ocasiones en que se ha convertido en un material irreconocible para mí mismo. De no ser restituido a la coyuntura en relación con la cual se escribió, corre el riesgo de convertirse en una algarabía. Por ello no me queda más remedio que recordar, aunque sea a grandes rasgos, cuál fue la circunstancia de su nacimiento. Trataré de hacerlo.

No soy particularmente afecto a la división de la historia en décadas, tan grata a los anglosajones: pero a veces parece inevitable, como inevitable es la división en siglos. Lo malo está en que tomemos demasiado en serio tales divisiones, y nos imaginemos, por ejemplo, que el primero de enero de 1991 o el primero de enero del 2001 algo definitivamente nuevo comenzó o va a comenzar. Sin embargo, con las precauciones del caso, tanto los siglos como las décadas pueden ser útiles. Quiero llamar la atención, por ejemplo, sobre un libro notable: *Los sesenta sin excusas* (1984)³.

² Naturalmente que esto no implica desdén alguno por la literatura infantil, sino simple señalamiento de trasmutación del sentido de una obra.

³ *The 60s without Apology*, ed. por Sohnya Sayres, Anders Stephanson, Stanley Aronowitz, Fredric Jameson, Minneapolis, 1984.

Armado con estas precauciones, es necesario tener en cuenta que *Caliban* apareció en 1971: en el gozne entre la década del sesenta, que ya había concluido, y la del setenta, que acababa de empezar. Quiero evocar la primera de estas décadas, como indica el título del libro mentado, sin excusas: y también sin nostalgias, porque nuevos y necesarios combates habrá siempre. Aquél fue un momento hermoso en que en muchos países la vida intelectual estuvo, al menos en considerable medida, hegemonizada por la izquierda: como en este momento en que escribo está, en no pocos países, hegemonizada por la derecha. No en balde se habla de una nueva derecha en muchos de esos países, mientras en otros una situación similar asume la forma de una aparente despolitización. Razón de más, dicho sea al pasar, para estimar a quienes en esas circunstancias mantienen con valor las banderas justas. La hermosa Revolución Sandinista de Nicaragua, al triunfar en 1979, lo ha hecho en medio de este ambiente. Lo que, sin embargo, no impedirá a las fuerzas democráticas evitar una agresión imperialista directa a la patria de Rubén Darío.

Poco antes de iniciarse la década de los sesenta había llegado al poder la Revolución Cubana, cuya repercusión está lejos de haberse extinguido, pero que se sintió muy fuertemente en esa década. Y en los sesenta se vieron, entre otros hechos, el triunfo de la Revolución Argelina y buena parte de la guerra de Vietnam, cuya conclusión ocurriría tiempo después: acontecimientos que influirían fuertemente en las metrópolis respectivas. La derecha vio desarrollarse ante sus ojos movimientos en favor de «razas» y comunidades oprimidas, de la mujer, de pueblos marginales. No faltó, como es natural, el desvarío, encarnado en fenómenos como los hippies o el *flower power*. En nuestra América, la certidumbre de victoria de movimientos guerrilleros de amplia orientación socialista prendió en muchos corazones y encarnó en innumerables actos heroicos. Jalonando el camino de estas esperanzas quedaron cuantiosas figuras, la más heráldica de las cuales es sin duda la del Che. En nuestra América, también, la literatura, encabezada (pero no absorbida) por la novela, pasó a un primer plano mundial, acompañada de cerca por el nuevo cine y la nueva canción. Al ir a alborear la próxima década, en 1970, fue electo presidente de Chile el socialista Salvador Allende.

Por supuesto, el imperialismo no permaneció (no permanece nunca) de brazos cruzados. Si en lo político acometió múltiples maniobras, desde las agresiones a Cuba y la ocupación de la República Dominicana, la organización de contraguerrillas y la implantación de nuevos tiranos, hasta la Alianza para el Progreso, en lo intelectual urdió una versión académica de la política demagógica que en los años de la Segunda Guerra Mundial había ejemplificado una famosa película de Walt Disney. Esa versión podría haberse llama-

do, en homenaje a dicha película, *Saludos, amigos escritores y artistas latinoamericanos* (en español en el original). Proliferaron becas, florecieron coloquios, surgieron como hongos después de la lluvia cátedras para estudiarnos o diseccionarnos: hasta se habló, con deleznable mal gusto bursátil, del *boom* de nuestra novela. Sería injusto atribuir todo esto a la malevolencia. Hubo una seria actitud por parte de muchos intelectuales e instituciones del mundo occidental volcados hacia las realidades emergentes de lo que hasta entonces había sido como un borrón al margen de la historia. Ello ocurrió en el seno de un interés auténtico por lo que ya en 1952 había sido bautizado por el demógrafo francés Alfred Sauvy «el Tercer Mundo». El manifiesto desdén que se expresa en nuestros días en tantos medios abiertamente reaccionarios, y en otros que les hacen eco (de acuerdo con el corrimiento del espectro hacia la derecha), por el «tercermundismo», no puede hacer olvidar que la preocupación por los países coloniales y excoloniales implicó, y en muchos casos sigue implicando, un genuino interés sin el cual no es dable llegar a entender el mundo en que vivimos.

Ya en los inicios de la Guerra Fría, cuando todavía el Tercer Mundo no había entrado con tanta intensidad en la palestra, los Estados Unidos habían organizado, entre otras maniobras, el Congreso por la Libertad de la Cultura⁴, donde el crudo anticomunismo de los políticos de acción estaba adornado con suspiros intelectuales y desgarraduras de vestes. En español, la revista de este congreso se llamó *Cuadernos*, y no pudo sobrevivir, por su forma esclerosada, a la marea creciente de los años sesenta. Fue así que naufragó en su número 100. Entonces se proyectó y realizó sustituir *Cuadernos* por la revista *Mundo Nuevo*.

La discusión en torno a esta revista es una de las raíces del ambiente en que se iba a gestar *Caliban*. Un grupo de escritores, entre los cuales se encontró el autor de estas líneas, llamó la atención, desde que a mediados de los años sesenta se dio a conocer la futura aparición de dicha revista en París, sobre el hecho de que ella no haría sino darle un rostro más simpático a la anterior, pero que, en esencia, desempeñaría funciones similares a aquella. *Mundo Nuevo*, literariamente, fue sin duda superior a *Cuadernos*, y en gran medida renovó su equipo. El proyecto era claro: disputarle desde Europa, con visos de modernidad, la hegemonía a la línea revolucionaria en el trabajo intelectual

⁴ Cf. Christopher Lasch: «The Cultural Cold War: a Short History of the Congress for Cultural Freedom», *Towards a New Past. Dissenting Essays in American History*, ed. por Barton J. Bemstein, Nueva York, 1967.

dentro del continente latinoamericano⁵. Sería equivocado, y nunca fue planteado así por nosotros, pensar que cuantos colaboraran en *Mundo Nuevo* eran necesariamente hostiles a la Revolución. Por el contrario, se trataba de crear un ambiente confuso, que hiciera difícil detectar las verdaderas funciones que se le habían encomendado a dicha revista. Las impugnaciones alcanzaron una nueva medida cuando el 27 de abril de 1966 el *New York Times* publicó un vasto artículo sobre el financiamiento por la CIA del Congreso por la Libertad de la Cultura y sus publicaciones. No obstante los farisaicos desmentidos hechos por dirigentes del Congreso y algunos colaboradores suyos, el 14 de mayo de 1967 los periódicos londinenses *The Sunday Times* y *The Observer* traían extensas informaciones que esclarecían definitivamente el asunto: el secretario ejecutivo del Congreso, Michael Josselson, lo admitía todo en París. Para *The Sunday Times*, se trataba de una «historia de una Bahía de Cochinos literaria». Entre los comentarios en español de estos acontecimientos, fue particularmente significativo un artículo publicado en el semanario uruguayo *Marcha* el 27 de mayo de ese año por el destacado escritor peruano Mario Vargas Llosa: «Epitafio para un imperio cultural». Hace pocos años, Vargas Llosa (ahora bien alejado de la izquierda) ha publicado una selección de sus artículos con el título *Contra viento y marea (1962-1982)*⁶. Por desgracia, en este libro nutrido, sobre el que he de volver, Vargas Llosa no encontró espacio para artículo tan importante, el cual concluía:

El «imperio cultural» armado con tanta minuciosa habilidad, con tanto gasto, se ha desmoronado como un castillo de naipes, y lo lastimoso es que, entre sus ruinas humosas, quedan, maltrechos, ensuciados, culpables e inocentes, los que actuaron de buena fe y los que lo hicieron de mala fe, los que creían estar allí luchando por la libertad y los que sólo pensaban en cobrar un sueldo⁷.

En su número siguiente (del 2 de junio), *Marcha*, entonces con Ángel Rama al frente de su sección literaria, publicó la historia sucinta, en forma de cuaderno cronológico, de las polémicas sobre el asunto, comenzando con las cartas cruzadas entre el director de *Mundo Nuevo* y yo (cartas acogidas por varias publicaciones periódicas), y siguiendo con otros detalles.

Pensar que el «imperio cultural» se había extinguido tan sólo porque una de sus maniobras había sido desenmascarada era tomar los deseos por realidades. *Mundo Nuevo* desapareció tras aquellas revelaciones. Pero dejó sem-

5 Cf. Ambrosio Fornet «*New World* en español», *Casa de las Américas*, N° 40, enero-febrero de 1967.

6 Mario Vargas Llosa: *Contra viento y marea (1962-1982)*, Barcelona, 1983.

7 Mario Vargas Llosa: «Epitafio para un imperio cultural», *Marcha*, 27 de mayo de 1967, p. 31.

brada en gentes muy variadas la posible desconfianza hacia la revolución latinoamericana, que entonces sólo podía ofrecer el ejemplo victorioso de Cuba, casi abrumada por las ilusiones diversas (y hasta contradictorias) que muchos habían depositado en ella, pero realmente limitada a sus escasas fuerzas, y con inevitables errores. En 1968, la discusión en torno a un premio literario otorgado a un libro del poeta Heberto Padilla por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (que publicó el libro con un prólogo discrepante) dio nuevos impulsos a «los que actuaron de buena fe y los que lo hicieron de mala fe». A lo largo de tres años, el autor de aquel libro siguió trabajando y escribiendo en Cuba. Pero en 1971, el haber estado encarcelado alrededor de un mes bajo la acusación de actividades contrarrevolucionarias (no por la redacción o la publicación de poema alguno) desató una amplia discusión a la que fueron arrastrados, mucho más que nunca antes, hombres y mujeres de mala y buena fe. Comenzaba, por otra parte, el movimiento hacia la derecha. Del lado de los censores de la Revolución Cubana, lo más trascendente fue la aparición de dos cartas abiertas dirigidas a Fidel desde Europa. En la primera se expresaba que los firmantes, no obstante ser «solidarios con los principios y metas de la Revolución Cubana», se dirigían a él «para expresarle sus preocupaciones con motivo de la detención del conocido poeta y escritor Heberto Padilla». Más adelante se explicaba:

Dado que hasta el momento el Gobierno cubano no ha proporcionado ninguna información sobre el asunto, el hecho nos hace temer la reaparición de un proceso de sectarismo más fuerte y peligroso que el denunciado por usted en marzo de 1962 [...] // En el momento en que la instauración de un gobierno socialista en Chile, y la nueva situación creada en Perú y Bolivia, facilitan la ruptura del bloqueo criminal de Cuba por parte del imperialismo norteamericano, el empleo de métodos represivos contra los intelectuales y escritores que han ejercido el derecho de crítica dentro de la Revolución sólo puede tener una repercusión profundamente negativa entre las fuerzas antimperialistas del mundo entero, y muy especialmente de América Latina, para quienes la revolución cubana es un símbolo y una bandera [...]»⁸.

Esta carta fue copiosamente divulgada por los medios capitalistas del planeta, convirtiéndose, sean cuales hayan sido las intenciones de algunos de sus firmantes, en una abierta inculpación contra la Revolución Cubana, al dar por sentado «el empleo de métodos represivos», etc. Pero sus tintas palidieron frente a la segunda carta. Contrariamente a lo que se ha dicho incluso

⁸ Cf. *Libre. Revista Crítica Trimestral del Mundo de Habla Española*, N° 1, septiembre-noviembre [de 1971], pp. [95]-96. Énfasis de R.F.R.

con la mejor voluntad, esta segunda carta no fue la consecuencia necesaria de que no se haya respondido (hecho prácticamente imposible) a la primera. Entre una y otra mediaron un discurso encendido de Fidel, la excarcelación de Padilla y, a solicitud suya, la exposición de una especie de autocrítica que, como se hizo evidente después, no era sino la caricatura maliciosa de las autoacusaciones de los tristemente célebres procesos de Moscú de mediados de los años treinta. Es decir, era un material cuya finalidad era ser descodificado por quienes ya se encontraban dispuestos a considerar a Cuba como viviendo un período similar al llamado «culto a la personalidad» en la URSS de entonces. Esta segunda carta dejó de contar con la adhesión de muchos de los que habían prestado su nombre para la primera. Entre ellos, por la resonancia de su conducta y por su permanente honradez, ocupa lugar destacado Julio Cortázar. En carta suya del 4 de febrero de 1972, en que respondía a otra que le enviara Haydee Santamaría, dijo Cortázar:

en cuanto a la redacción de la primera carta, la que yo firmé, puedo decirte simplemente esto: el texto original que me sometió [Juan] Goytisolo era muy parecido al de la segunda carta, es decir, *paternalista, insolente, inaceptable desde todo punto de vista*. Me negué a firmarlo, y propuse un texto de remplazo, que se limitaba, respetuosamente, a un pedido de información sobre lo sucedido; tú dirás que además se expresaba la inquietud de que en Cuba se estuviera produciendo una «pulsión sectaria» o algo así, y es cierto; teníamos miedo de que eso estuviera sucediendo, pero ese miedo no era ni traición ni indignación ni protesta. Relee el texto, por favor, y compáralo con el de la segunda carta que naturalmente yo no firmé. A ti puedo decirte (la «Policrítica» lo dice también, por supuesto) que lamento que ese pedido de información de compañeros a compañeros se viera completado por esta expresión de inquietud; pero insisto en que de ninguna manera se podía atribuir a los firmantes *una injerencia insolente o un paternalismo como el que muestra la segunda e incalificable carta*⁹.

Esa segunda carta, que tales adjetivos le merecía a Cortázar, expresaba:

Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la UNEAC en el cual el propio Padilla y los compañeros Belkis Cuza, Díaz Martínez, César López y Pablo

⁹ Cf. *Casa de las Américas*, N° 145-146, julio-octubre de 1984, p. 148. El número fue un homenaje a Julio Cortázar a raíz de su muerte. Énfasis de R.F.R.

Armando Fernández¹⁰ se sometieron a una penosa mascarada de autocrítica, recuerdan los momentos más sórdidos de la época del stalinismo, sus usos prefabricados y sus cacerías de brujas. Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución Cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el stalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están ocurriendo en Cuba. El desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano —campesino, obrero, técnico o intelectual— puede ser también víctima de una violencia y una humillación parecida. Quisiéramos que la revolución cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo¹¹.

Cortázar murió fiel a las ideas que le había expuesto a Haydee en su carta de 4 de febrero de 1972. Ello se colige del texto añadido a una edición ulterior de su valiente libro *Nicaragua tan violentamente dulce*, que, según el colofón, «se terminó de imprimir el 25 de enero de 1984» en Barcelona (la primera edición, sin ese trabajo, había aparecido ya en Nicaragua en 1983). El nuevo texto se llama «Apuntes al margen de una relectura de 1984». Aunque allí afirma que «si para algo sirvió en definitiva el caso Padilla, fue para separar el trigo de la paja fuera de Cuba», insiste en las presuntas bondades de la primera carta, mientras a la segunda la llama «la famosa carta de los intelectuales franceses a Fidel Castro [...] que fue una carta paternalista e imperdonable por su insolencia», y a continuación añade: «pero puedo afirmar con todas las pruebas necesarias que esa carta no hubiera sido enviada si el primer pedido de información de los hechos —que firmé con muchos otros— hubiera tenido una respuesta en un plazo razonable»¹².

Evidentemente, Cortázar al escribir esas palabras no había leído el libro ya mentado de Vargas Llosa *Contra viento y marea (1962-1982)*, «impreso en el mes de noviembre de 1983», según su colofón: lo que lo hace prácticamente coetáneo del de Julio. En el libro del peruano aparece dicha segunda carta a Fidel con la siguiente nota al pie:

10 Como se sabe, Padilla y su esposa Belkis Cuza realizan hoy una campaña hostil fuera de Cuba. Se sabe menos que Díaz Martínez, César López y Pablo Armando Fernández —quienes fueron acusados por Padilla— viven y trabajan normalmente en Cuba, y con frecuencia la representan en el extranjero [el primero de ellos abandonó luego Cuba. Nota de 1993].

11 Cf. Mario Vargas Llosa: *op. cit.* en nota 6, pp. 166 y 167.

12 Julio Cortázar: «Apuntes al margen de una relectura de 1984», *Nicaragua tan violentamente dulce*, Barcelona, 1984, p. 13. Énfasis de R.F.R.

La iniciativa de esta propuesta nació en Barcelona, al dar a conocer la prensa internacional el acto de la UNEAC en que Heberto Padilla emergió de los calabozos de la policía cubana para hacer su «autocrítica». Juan y Luis Goytisolo, José María Castellet, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Barral (quien luego decidió no firmar la carta) y yo nos reunimos en mi casa y redactamos, cada uno por separado, un borrador. Luego lo comparamos y por votación se eligió el mío. El poeta Jaime Gil de Biedma mejoró el texto enmendando un adverbio¹³.

Vargas Llosa, pues, reconoce varias cosas en esta cita, y en primer lugar haber sido autor de la carta, que no fue, en consecuencia, «de los intelectuales franceses» (proporcionalmente, no más abundantes aquí que en la primera carta). Y añade la lista de sesenta y un firmantes, indiferente al hecho de que muchos de ellos, así como de la anterior carta, expresaron después su desacuerdo con aquella conducta.

Además de dichos documentos, hubo muchos otros en favor y en contra de la posición cubana, esparcidos en numerosas publicaciones.

Si he traído a colación estas cosas, es porque ellas son la chispa que encendió la redacción de *Caliban*. Tres números de la revista *Casa de las Américas* se hicieron cargo de las discusiones. El último de ellos, que tenía el título colectivo *Sobre cultura y revolución en la América Latina*, incluía mi ensayo. Si a estas alturas se lo desgaja de aquella polémica, o no se la toma en cuenta, es evidente que se lo traiciona. No pretendo que el lector esté familiarizado con todos los materiales que surgieron al calor de la polémica, pero sí que recuerde la acritud de la misma. Mis líneas no nacieron del vacío sino de una coyuntura concreta llena de pasión y, por nuestra parte, de indignación ante el paternalismo, la acusación a la ligera contra Cuba, y hasta las grotescas «vergüenza» y «cólera» de quienes habían decidido proclamarse, cómodamente instalados en Occidente, con sus miedos, sus culpas y sus prejuicios, fiscales de la revolución.

Pero también pecaría de simplismo si supusiera que fueron sólo aquellas escaramuzas las que dieron lugar a mi texto. Desde mucho antes, acuciado por el gran desafío intelectual que nos lanzaba la revolución que vivíamos (y vivimos), había venido acercándome a temas que de alguna manera anunciaban el texto de 1971. Básteme recordar algunos trabajos periodísticos de 1959, y los ensayos «El son de vuelo popular» (1962: dedicado a la obra de Nicolás Guillén), «Martí en su (tercer) mundo» (1965), o «Introducción al pensamiento del Che»¹⁴ (1967), para ir señalando algunos escalones previos.

13 Cf. Mario Vargas Llosa, *op. cit.* en nota 6, p. 166, nota al pie.

14 Los dos últimos trabajos fueron luego ampliados y aparecieron, respectivamente, con los títulos «Introducción a José Martí» y «Para leer al Che».

En general, se trataba de una reinterpretación de nuestro mundo, a la luz exigente de la revolución.

No voy a dedicar un tiempo extemporáneo a asuntos como la historia anagramática de *Caliban*, minuciosamente tratada por Roger Toumson en su libro *Trois Calibans* (1981)¹⁵; tampoco a si soy o no afrancesado, según el epíteto que me endilgó, después de un largo silencio, el ex-director de *Mundo Nuevo*, el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal¹⁶. No me entusiasma discutir con difuntos, ni pretendo negarle la sal y el agua a cuanto escribiera este autor. Pero no creo que su inmersión abierta en la política cultural auspiciada por el imperialismo le hiciera bien. Al llamarme afrancesado, por suponer que mi uso del símbolo de Caliban tenía una raíz francesa (como la tiene una parte de mi formación cultural, también con otras raíces, por supuesto), coincidió, quizá sin saberlo, con una reiterada acusación que me hacía el programa *Cita con Cuba*, de *La Voz de los Estados Unidos de América*, reuniéndome con amigos como Carpentier, Pérez de la Riva y Le Riverand en una suerte de arcaico insulto español de siglos atrás. Rodríguez Monegal parecía olvidar que Caliban es un personaje no francés, sino inglés, por una parte; y que, por otra, fueron escritores de las Antillas de lengua inglesa, como George Lamming, en primer lugar¹⁷, y Edward Kamau Brathwaite, ambos citados en mi texto, quienes vincularon el personaje con nuestras tierras, concretamente el Caribe. En español, sin que ello lo proclame gran mérito, creo que me corresponde la primacía, especialmente considerado el símbolo aplicado a nuestra América. En cualquier caso, a Rodríguez Monegal llegó a interesarle tanto el tema que no paró hasta ofrecer cursos universitarios sobre el mismo, lo que siempre entendí como una forma de involuntario homenaje que me rendía.

A propósito de dos autores vivos quisiera decir algunas cosas: uno es Jorge Luis Borges; otro, Carlos Fuentes. Sobre el primero, a quien se llama en el texto «un escritor verdaderamente importante, aunque discrepe tanto de él»,

15 Cf. Roger Toumson: «Caliban/Cannibale ou les avatars d'un cannibalisme anagrammatique», *Trois Calibans*, La Habana, 1981, pp. 201-299. Sin desdeñar el valor que para otros fines puedan tener la investigación y las conjeturas de Toumson, mucho más cerca del propósito de mi texto está el uso que de él hace Louis-Jean Calvet en *Linguistique et colonialisme. Petit traité de glottophagie*, París, 1974, pp. 59, 223 y 224.

16 Emir Rodríguez Monegal: «Las metamorfosis de Caliban», que apareció en inglés en la revista académica estadounidense *Diacritics* (Nº 7, 1977), y en español en la revista política mexicana *Vuelta* (Nº 25, diciembre de 1978).

17 La obra de Lamming *The Pleasures of Exile*, de la que apareció una segunda edición en Londres en 1984, merecía mucha más atención de la que le di en la primera versión de *Caliban*. Creo que le he hecho justicia en la versión que aparece en el presente libro.

es necesario decir que jamás he creído, como sospechó el crítico inglés J. M. Cohen en un útil libro sobre el argentino, que los premios y distinciones de que ha sido objeto hayan tenido nada que ver con su evolución política¹⁸. Por el contrario, siempre creí, y tuve ocasión de ratificarlo, que, con su humor irónico, se trataba de un hombre honrado y modesto, dotado de excepcional talento, cuya brújula política, que lo llevó a elogiar en su juventud a la Revolución de Octubre, a defender luego a la República Española y a oponerse al antisemitismo nazi, se desarticuló con el acceso de Perón al gobierno de su país, lo que también ocurrió a muchos otros argentinos. Sus declaraciones llegaron a ser delirantes, y además, en contra de lo que él mismo piensa, es un escritor de tendencia política, que oscila entre el anarquismo y el conservadurismo¹⁹. Pero sus declaraciones se han ido atenuando, y su calidad literaria me parece, vista su obra en conjunto desde la mucha vejez, aún superior de lo que me parecía entonces. Por último, creo que le asiste la razón al crítico mexicano Jorge Alberto Manrique cuando, al escribir una de las primeras notas sobre *Caliban*, señaló:

Cabría recordar, según el mismo Borges lo ha dicho, que él asume, frente a [...] [la] lectura de Europa una actitud socarrona de francotirador, «desde fuera»: de eso está hecho lo mejor de su obra: y en eso podría reconocerse una actitud de Caliban. Que cada quien tiene sus respuestas, y vale la pena tratar de entenderlas²⁰.

No sería justo, por otra parte, que ocultara que la acidez, y algún que otro sarcasmo expresados a propósito de Fuentes, no tomaban en cuenta sólo su obra, sino también el hecho de que el mexicano, uno de los más importantes narradores latinoamericanos de estos años, después de haber sido un compañero cercano (lo que me gustará que siga siendo), fue uno de los principales colaboradores e ideólogos de *Mundo Nuevo*, firmante de las dos cartas a Fidel en 1971, y autor de líneas injustas contra Cuba. Éste era el telón de fondo que me movía a impugnar vivamente sus criterios de entonces: criterios que, por otra parte, me siguen pareciendo equivocados. Pero desde aquella fecha hasta hoy, si por una parte Fuentes no me ha ahorrado injurias (en vez de argumentos) en más de una entrevista, por otra ha manifestado su adhesión a las revoluciones de Cuba y Nicaragua. No podría revisitar mi ensayo sin decir estas cosas, sea cual fuere la reacción que produzcan.

18 Cf. J. M. Cohen: *Jorge Luis Borges*, Edimburgo, 1973, pp. 107-109.

19 Cf. Julio Rodríguez-Luis: «La intención política en la obra de Borges: hacia una visión de conjunto», *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 361-362, julio-agosto de 1980.

20 Jorge Alberto Manrique: «Ariel entre Próspero y Caliban», *Revista de la Universidad de México*, febrero-marzo de 1972, p. [90].

La forma como tuvo que ser escrito *Caliban*, en unos cuantos días, casi sin dormir ni comer, mientras me sentía acorralado por algunos de los hombres que más había apreciado, es responsable de varios cabos sueltos en el trabajo, que dieron lugar a malentendidos. En años sucesivos, traté de atajar esos cabos. Así, por ejemplo, la relación entre nuestra América y su vieja metrópoli colectiva me llevó a escribir «Nuestra América y Occidente»; mientras la relación de Hispanoamérica con España fue abordada en «Contra la Leyenda Negra», que alguien llamó mi declaración de amor a España. Y en un plano más amplio, desbordando las estrecheces regionales, creí imprescindible revisar «Algunos usos de civilización y barbarie». En otros casos, más que consideraciones históricas, me preocupaban consideraciones literarias. Creo que el trabajo que me disgusta menos entre los que he hecho en este orden es «Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana». También he tocado (antes y después) temas menos vastos, limitándome a autores o situaciones particulares, pero con la misma óptica.

Caliban, pues, se me constituyó en una suerte de encrucijada a donde conducían trabajos anteriores y de donde partirían trabajos posteriores. Pero no quisiera ser juzgado por él tomado aisladamente, sino dentro de la constelación formada en torno suyo por mis otros papeles. Mi aspiración no es, no fue nunca, presentar la América Latina y el Caribe como una comarca cortada del resto del mundo, sino como una parte del mundo: una parte que debe ser vista con la misma atención y el mismo respeto que las demás, no como una nueva paráfrasis de Occidente. Varios amigos²¹ me señalaron puntos de contacto (que me honran) entre este propósito mío, tocante a nuestra realidad, y el que acomete para su mundo el palestino Edward W. Said en su notable libro *Orientalism* (1978)²².

Si algo me inquieta hoy en la expresión «Tercer Mundo», es la degradación que acaso involuntariamente supone. No hay más que un mundo, donde luchan opresores y oprimidos, y donde estos últimos obtendrán más temprano que tarde la victoria. Nuestra América está aportando sus matices a esta lucha, a esta victoria. La tempestad no ha amainado. Pero en tierra firme se ven erguirse los náufragos de *La tempestad*, Crusoe y Gulliver, a los que esperan no sólo Próspero, Ariel y Caliban, Don Quijote, Viernes y Fausto, sino también Sofía y Oliveira, el Coronel Aureliano Buendía y, a mitad de camino entre la historia y el sueño, Marx y Lenin, Bolívar y Martí, Sandino y el Che Guevara.

La Habana, 13 de marzo de 1986

21 Fueron, por separado, John Beverley, Ambrosio Fornet y Desiderio Navarro. A ellos agradezco el conocimiento del libro.

22 Edward W. Said: *Orientalism*, Nueva York, 1978.